

LA BREVEDAD Y LA DIVERSIDAD CIEN AÑOS DE LITERATURA MEXICANA

LAURO ZAVALA¹

En este volumen² se ofrece una muestra de la literatura mexicana en prosa producida durante los últimos 100 años, con la intención de dar cuenta de su riqueza literaria y su diversidad de registros genéricos. La mayor parte de estos textos pertenece a la prosa breve, pero en otros casos se ha seleccionado un fragmento perteneciente a un género de mayor extensión, como la novela o el cuento.

Esto significa que en este volumen se encuentran materiales pertenecientes a cuando menos 25 géneros de *prosa breve*: Adivinanza / Aforismo / Alegoría / Autorretrato / Bestiario / Columna / Crítica de Cine / Crónica Cultural / Crónica Filosófica / Definición / Diálogo / Diario / Ensayo Breve / Epígrafe / Epigrama / Escritura Epistolar / Fábula / Fragmento de Novela / Fragmento de Teatro / Minicuento / Minificción Intertextual / Minificción Metaficcional / Minificción

¹ ANLE y Doctor en Literatura Hispánica, Profesor-Investigador en el Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Desde 2000, dirige y edita *El Cuento en Red*, revista semestral indexada en MLA. <http://www.anle.us/477/Lauro-Zavala.html>

² Esta muestra corresponde al prólogo de una antología de la literatura mexicana contemporánea (1910-2013) de reciente publicación con traducción a seis lenguas indígenas por el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) de México y que su antologador nos ha hecho llegar para contribuir a un mayor intercambio de experiencias entre México y los Estados Unidos.

Poética / Minificción Serial / Parábola / Plegaria / Poema en Prosa / Viñeta Urbana.³

¿Cómo dar cuenta de la diversidad de registros literarios producida en el lapso de un siglo y con un grupo de 50 escritores? La respuesta, necesariamente, consiste en recurrir a textos muy breves. Es evidente que no todos los autores han escrito textos con una extensión menor a una página. La selección de fragmentos merece una justificación literaria.

La tradición clásica se apoya en el concepto de unidad indisoluble. Un fragmento, en esta tradición, sólo se explica en relación con la totalidad de la que forma parte. Pero en la modernidad literaria, el fragmento adquiere autonomía frente a la obra de la que proviene. Los lectores, como han señalado Italo Calvino y Daniel Pennac, tienen el derecho de picotear los textos extensos en busca de algo que les resulte útil o atractivo.

A esta segmentación moderna que adquiere independencia de la obra original, Omar Calabrese la distinguió del *fragmento* clásico, y la llamó un *detalle*, propio de la estética moderna que estudió Umberto Eco en su *Obra abierta*. Pero en la cultura posmoderna surge la posibilidad de leer un mismo texto breve como un *fragmento* clásico (que obligaría a los lectores de esta antología a leer las obras completas de las que fueron seleccionados estos fragmentos) y al mismo tiempo, como un *detalle* moderno (que permite disfrutar el texto antologado como un texto que contiene una significación literaria propia). A esta doble posibilidad (leer estos materiales como fragmentos o como detalles) es a lo que se ha llamado una lectura *fractal*. Y la estética fractal define, precisamente, la producción

³ Estos materiales están distribuidos como sigue: Adivinanza (D. Grijalva) / Aforismo (G. Fadanelli) / Alegoría (F. Morábito) (J. Torri) / Autorretrato (C. Monsiváis) / Bestiario (J. J. Arreola) / Columna (J. Villoro) (R. López Velarde) / Crítica de Cine (J. Ayala Blanco) / Crónica Cultural (C. Monsiváis) / Crónica Filosófica (J. Alvarado) / Definición (A. Monsreal) / Diálogo (G. Sheridan) (S. Golwarz) / Diario (A. Monterroso) / Ensayo Breve (H. Hiriart) / Epígrafe (A. Monterroso) / Epigrama (Carlos Díaz Dufoo II) / Escritura Epistolar (B. Jacobs) / Fábula (A. Monterroso) (D. Grijalva) / Fragmento de Novela (M. L. Guzmán) (A. Yáñez) (R. Avilés Fabila) / Fragmento de Teatro (J. Agustín) / Minicuento (A. Cadena) / Minificción Intertextual (A. Acosta) / Minificción Metaficcional (S. Elizondo) (M. Lavín) / Minificción Poética (A. Reyes) / Minificción Serial (N. Campobello) / Parábola (A. Monsreal) / Plegaria (J. Ibarguengoitia) / Poema en Prosa (O. Paz) / Viñeta Urbana (E. Huchín).

de un género nuevo como la minificción, que se escapa a cualquier clasificación genérica, pues se produce al hibridizarse con géneros extraliterarios.

Los criterios para la selección de los textos han sido, entonces, la brevedad y la diversidad de recursos formales, es decir, la diversidad de registros, géneros y estrategias literarias. En general, los textos seleccionados en este volumen comparten algunos rasgos distintivos de la prosa breve producida en el país a lo largo del siglo XX: concisión, hibridación genérica, intertextualidad, humor e ironía. Y en el caso de Guzmán, Reyes, Paz, Rulfo, Yáñez y Fuentes, si bien en sus textos no hay intención irónica, en cambio sí hay una notable experimentación literaria y el empleo de un lenguaje poético.

En todos ellos es evidente el deseo de escribir fusionando sabor y saber, lectura y escritura, tradición y ruptura. Se podría decir que todos ellos pertenecen a la *tradición de ruptura* que anunció Octavio Paz en *Los hijos del limo*, ese sabroso ensayo sobre la modernidad poética.

De los precursores a la escritura digital

Este recorrido se inicia con algunos de los precursores de la escritura mexicana en el siglo XX. En estos escritores se observa una tendencia a la experimentación genérica a partir del poema en prosa, entremezclando elementos de ensayo, narración y crónica.

Esto es evidente en las crónicas literarias de Ramón López Velarde, escritas alrededor de 1910, y en los textos breves de Julio Torri publicados en su volumen *Ensayos y poemas*, de 1917. Otro de los escritores que capta el clima de la incipiente urbanización es Salvador Novo, que en su volumen de ensayos *En defensa de lo usado* (1938) incluyó el lúdico texto “Sobre el placer infinito de matar muchas moscas”. En 1927, Carlos Díaz Dufoo II reúne sus epigramas, y en 1929 se publican las viñetas seriales de Nellie Campobello, en las que se ofrece una mirada distinta a la del resto de los escritores de la Revolución Mexicana. Una crónica literaria de este periodo debe incluir una mención de la estupenda prosa de Martín Luis Guzmán, que en un pasaje inicial de *La sombra del caudillo* (1929) narra el asombro de quienes se acaban de conocer y descubren su mutua atracción. Y por supuesto, es necesario señalar la amplitud de registros estilísticos

de Alfonso Reyes, del cual hemos elegido el lúdico poema en prosa dedicado a “El sol de Monterrey” (1934).

Hay consenso en considerar *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez (1947), como el texto que inaugura la modernidad literaria en México. En los escritores de este periodo hay una tendencia a transfigurar lo cotidiano en trascendente, permanente, sorprendente, irrepetible. Y al mismo tiempo, las crónicas melancólicas de José Alvarado, recientemente publicadas bajo el título de *El bolillo escéptico* (1950), continúan la tradición de incorporar reflexiones filosóficas de carácter alegórico en las crónicas de la vida urbana. En 1953, Juan Rulfo publica los cuentos de *El llano en llamas*, y dos años después aparece su novela *Pedro Páramo*, cuyo inicio pertenece al canon de la literatura universal:

Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera. Le apreté sus manos en señal de que lo haría; pues ella estaba por morirse y yo en un plan de prometerlo todo. “No dejes de ir a visitarlo – me recomendó–. Se llama de este modo y de este otro. Estoy segura de que le dará gusto conocerte.” Entonces no pude hacer otra cosa sino decirle que así lo haría, y de tanto decírselo se lo seguí diciendo aun después de que a mis manos les costó trabajo zafarse de sus manos muertas.

Todavía antes me había dicho:

—No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro.
—Así lo haré, madre.

Pero no pensé cumplir mi promesa. Hasta que ahora pronto comencé a llenarme de sueños, a darle vuelo a las ilusiones. Y de este modo se me fue formando un mundo alrededor de la esperanza que era aquel señor llamado Pedro Páramo, el marido de mi madre. Por eso vine a Comala.

En 1947, Octavio Paz publica, en *El arco y la lira*, uno de los ensayos más deslumbrantes, escritos en cualquier lengua, sobre la fuerza expresiva de la poesía, cuyo inicio propone simultáneamente una descripción objetiva, una poética personal y un proyecto programático:

La poesía es conocimiento, salvación, poder, abandono. Operación capaz de cambiar al mundo, la actividad poética es revolucionaria por naturaleza; ejercicio espiritual, es un método de liberación interior. La poesía revela este mundo; crea otro. Pan de los elegidos; alimento maldito. Aísla; une.

Invitación al viaje; regreso a la tierra natal. Inspiración, respiración, ejercicio muscular. Plegaria al vacío, diálogo con la ausencia: el tedio, la angustia y la desesperación la alimentan. Oración, letanía, epifanía, presencia. Exorcismo, conjuro, magia. Sublimación, compensación, condensación del inconsciente. Expresión histórica de razas, naciones, clases. Niega a la historia: en su seno se resuelven todos los conflictos objetivos y el hombre adquiere al fin conciencia de ser algo más que tránsito. Experiencia, sentimiento, emoción, intuición, pensamiento no dirigido. Hija del azar; fruto del cálculo. Arte de hablar en una forma superior; lenguaje primitivo. Obediencia a las reglas; creación de otras. Imitación de los antiguos, copia de lo real, copia de una copia de la idea. Locura, éxtasis, logos. Regreso a la infancia, coito, nostalgia del paraíso, del infierno, del limbo. Juego, trabajo, actividad ascética. Confesión. Experiencia innata. Visión, música, símbolo. Analogía: el poema es un caracol en donde resuena la música del mundo y metros y rimas no son sino correspondencias, ecos, de la armonía universal. Enseñanza, moral, ejemplo, revelación, danza, diálogo, monólogo. Voz del pueblo, lengua de los escogidos, palabra del solitario. Pura e impura, sagrada y maldita, popular y minoritaria, colectiva y personal, desnuda y vestida, hablada, pintada, escrita, ostenta todos los rostros pero hay quien afirma que no posee ninguno: el poema es una careta que oculta el vacío, ¡prueba hermosa de la superflua grandeza de toda obra humana! (Octavio Paz: inicio de *El arco y la lira*, 1947)

En 1957 se publica la novela *Balún Canán*, de Rosario Castellanos, en la que se adopta una triple forma de marginación: la narradora es una niña indígena cuya madre trabaja en una hacienda: se trata de una novela que plantea problemas de raza, género y clase. Y la misma autora publicaría en 1971 “Lección de cocina”, el primer cuento de autoironía producido por una escritora mexicana. Por su parte, en el otoño de 1959 Juan José Arreola dictó a su entonces amanuense, José Emilio Pacheco, los textos poéticos del *Bestiario*. En 1958, Carlos Fuentes publica su primera novela, *La región más transparente*, iniciando una de las carreras literarias más notables en la literatura nacional. En 1962 dio a conocer dos de sus novelas más memorables: *Aura* y *La muerte de Artemio Cruz*. El inicio de *Aura*, novela escrita en segunda persona, ya forma parte de la memoria literaria de todo lector de literatura mexicana:

Lees ese anuncio. Una oferta de esa naturaleza no se hace todos los días. Lees y relees el aviso. Parece dirigido a ti, a nadie más. Distráido, dejas que la ceniza del cigarro caiga dentro de la taza de té que has estado bebiendo en este cafetín sucio y barato. Tú releerás. Se solicita historiador joven.

Ordenado. Escrupuloso. Conocedor de la lengua francesa. Conocimiento perfecto, coloquial. Capaz de desempeñar labores de secretario. Juventud, conocimiento del francés, preferible si ha vivido en Francia algún tiempo. Tres mil pesos mensuales, comida y recámara cómoda, asoleada, apropiada estudio. Sólo falta tu nombre. Sólo falta que las letras más negras y llamativas del aviso informen: Felipe Montero. Se solicita Felipe Montero, antiguo becario en la Sorbona, historiador cargado de datos inútiles, acostumbrado a exhumar papeles amarillentos, profesor auxiliar en escuelas particulares, novecientos pesos mensuales. Pero si leyeras eso, sospecharías, lo tomarías a broma. Donceles 815. Acuda en persona. No hay teléfono.

Veinte años después, el mismo Fuentes escribió una crónica de las circunstancias que lo llevaron a concebir la estructura y el contenido de *Aura*, en “Cómo escribí algunos de mis libros” (1982):

Dos, sí, dos años antes estaba bebiendo unas copas con Luis Buñuel en su casa de la calle de Providencia, y hablábamos de Quevedo, que el cineasta aragonés conoce como pocos.

Ustedes ya notaron que el verdadero autor de *Aura* se llama Francisco de Quevedo y Villegas y que yo sólo lo represento.

Gran ventaja del tiempo: el supuesto autor deja de serlo: se convierte en representante de quien firmó el libro, lo hizo publicar, lo cobró (y sigue cobrando) las regalías. Pero el libro fue escrito –siempre lo fue, siempre lo es– por otros. Quevedo y una muchacha que era casi polvo enamorado. Buñuel y una tarde mexicana, tan distinta de las de París, pero tan distinta también, en 1959, de las tardes mexicanas de hoy.

La década de 1960, en términos literarios, se inicia en la segunda mitad de esa misma década, y estuvo marcada en la literatura mexicana por la irrupción del humor, una actitud irreverente, la aparición del lenguaje popular y coloquial, la presencia de personajes de las clases medias, la cultura juvenil, la crisis de pareja, la parodia y la ironía, así como el inicio de una fuerte tradición de reescritura de la historia nacional, generalmente en un formato de metaficción historiográfica que se mantendrá en las décadas siguientes. En esta década se prefiguran los rasgos de la literatura posmoderna que será dominante en la década de 1980.

En 1966, Carlos Monsiváis participa en el proyecto de autobiografías creado por el crítico Emmanuel Carballo, junto con otros escritores jóvenes como Sergio Pitol, Salvador Elizondo y Sergio Galindo. El texto de Monsiváis contiene ya los rasgos que habrían de ca-

racterizar su prosa. Jorge Ibarguengoitia siempre ha sido una especie de lujo de la literatura mexicana, pues aunque su sentido del humor nunca es obvio, sin embargo surge de manera natural, como parte de una visión crítica del mundo mexicano y sus paradojas. Veamos este breve pasaje de “La mujer que no”, uno de sus cuentos incluidos en *La ley de Herodes* (1967), escrito a la manera de una irónica plegaria:

¡Oh, dulce concupiscencia de la carne! Refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, alivio de los enfermos mentales, diversión de los pobres, esparcimiento de los intelectuales, lujo de los ancianos. ¡Gracias, Señor, por habernos concedido el uso de estos artefactos, que hacen más que palatable la estancia en este Valle de Lágrimas en el que nos has colocado!

René Avilés Fabila elaboró una crónica sarcástica de la mafia literaria de los años sesenta en su novela *Los juegos* (1967), iniciando así una carrera en la que ha combinado la reflexión y la denuncia política con la imaginación fantástica y el humor filoso. José Agustín, en el cuento “Cuál es la Onda” (1968), escrito como un guión de cine o de teatro, juega con las posibilidades expresivas y tipográficas del lenguaje. En el volumen de sus *Infundios ejemplares* (1969), de estructura menguante, Sergio Golwarz juega con diversas formas de la imaginación y la ironía.

Pero es en los textos de Augusto Monterroso donde encontramos la más incisiva ironía, como es el caso de *La Oveja negra y demás fábulas* (1969), una serie paródica que se suma a la tradición de los bestiarios literarios de la región latinoamericana (donde se poetiza lo bestial, a diferencia de la tradición europea, que bestializa los rasgos humanos). En *Movimiento perpetuo* (1972), el mismo Monterroso escribió el epígrafe que da título a un volumen de prosas clasificables. Y en *La letra e* (1987) reflexiona sobre numerosos temas, siempre ligados al oficio y la profesión de la escritura literaria.

La característica central de la escritura posmoderna es su notable recuperación irónica de la tradición literaria y una mirada irónica a la historia colectiva, “imaginar el pasado y recordar el futuro”, en palabras de Carlos Fuentes. Esto significa formular una simultaneidad de tiempos históricos, una intensificación de la metaficción, dominante en casi toda la narrativa, y un resurgimiento de la autobiografía, con una ironización de la vida cotidiana urbana, de los autores consagrados, de la tradición nacional; una presencia de la mujer como protago-

nista; el deseo como preocupación central, que llevó a la erotización de la política y de la escritura, y una politización de la intimidad, además de provocar una relectura crítica y gozosa de los clásicos. Esta escritura caracterizó la literatura mexicana durante el último cuarto del siglo XX.

Salvador Elizondo, en *El grafógrafo* (1972), explora diversas formas de la metaficción. A su vez, Jorge Ayala Blanco, en *La búsqueda del cine mexicano* (1972), recrea la presencia pública de figuras icónicas del cine popular mexicano, como Jorge Negrete o El Santo. Gabriel Zaid, en *Leer en bicicleta* (1975), dirige una mirada irónica al universo literario. Alejandro Rossi ironiza sobre la condición de todo escritor, en su *Manual del distraído* (1978). Y Elena Poniatowska adopta con frecuencia la perspectiva de los marginados de toda clase. En “Las lavanderas” (1979) se trata de unas mujeres que se dedican a lavar ropa ajena. Hugo Hiriart, en *Disertación sobre las telarañas* (1980) y *Discutibles fantasmas* (2001), propone una serie de elaborados ensayos a propósito de temas aparentemente triviales. En *Escrito en el tiempo* (1984), Bárbara Jacobs juega con la escritura epistolar para elaborar una serie de textos marcadamente metaficcionesales sobre los procesos de leer y de escribir. En *La banda de los enanos calvos* (1986), Agustín Monsreal propone una de las más bellas declaraciones de amor a una ciudad, en “Parábola de la ciudad de Mérida”. Y el mismo Monsreal, en su *Diccionario desnudo* (2009), ofrece una memorable definición del cuento literario, que es una insondable declaración de amor a un género que puede contenerlo todo.

Guillermo Samperio, en *Gente de la ciudad* (1986) y *Cuaderno imaginario* (1999), elabora algunas de las más logradas viñetas poéticas del erotismo cotidiano. Por su parte, Sergio Pitol reseña algunas de las novelas más destacadas que se han escrito en lengua inglesa, en *La voz de la tribu* (1988). Ahí encontramos “El universo circular de Flann O’Brien”. Fabio Morábito, en su *Caja de herramientas* (1989), toma una serie de objetos de uso común para explorar las posibilidades que ofrece su descripción alegórica, produciendo así textos de una atractiva naturaleza poética. En *Me perderé contigo* (1989), Rafael Pérez Gay relata diversas experiencias personales con el humor y la sofisticación suficientes para convertirlas en literatura. En “Nos han dado Cadereyta”, recrea el inicio de *Pedro Páramo* de Juan Rulfo para relatar una experiencia familiar. Y en *La señora Rodríguez y otros mundos* (1990), Marta Cerda revisita los grandes textos de la

literatura mexicana y los hace compartir el espacio de una bolsa de mano donde caben la Constitución de la República, una caja de chicles, un biberón y su acta de matrimonio (“nunca se sabe cuándo va a ser útil”). En *El dedo de oro* (1996), Guillermo Sheridan reproduce de manera hiperbólica un diálogo surrealista entre una empleada sindicalizada que atiende en una ventanilla y un ciudadano común, lo que es una experiencia compartida por todo mexicano. Adolfo Acosta, en “El creyente”, propone un homenaje a “El grafógrafo” de Salvador Elizondo, creando un texto filosóficamente comprometido. Y José Emilio Pacheco elaboró una magnífica e informada invitación a la lectura de Jorge Luis Borges en el centenario de su nacimiento.

Al iniciarse el siglo XXI, la literatura mexicana tiene el ritmo vertiginoso de la escritura digital. Los escritores activos son ya innumerables, y la proliferación de los blogs personales y otros recursos similares han creado un clima de actividad muy intensa que está creando un nuevo horizonte de la lectura. La escritura del siglo XXI se caracteriza por la ironía, el juego y la complicidad con el lector frente a las instituciones culturales, las buenas costumbres, el lugar común, las ideas preconcebidas, la comodidad de lo rutinario. A su vez, la escritura en las redes digitales está acompañada por una multiplicación de los talleres de creación en línea, el surgimiento de los lectores en línea y los seguidores en twitter, con la retroalimentación instantánea para los autores. En consecuencia, se trata de una literatura con más calle y menos eternidad: lo opuesto al espíritu de la modernidad dominante 50 años antes.

Guillermo Fadanelli continúa su proyecto de literatura escéptica y misantrópica en su libro de aforismos literarios, *Dios siempre se equivoca* (2003). Y Eduardo Huchín, en *¿Escribes o trabajas?* (2005), reúne una serie de ensayos irónicos sobre las paradojas de vivir y ser escritor en la provincia mexicana. Mónica Lavín, en sus *Retazos* (2007), recrea la dimensión erótica del acto de leer y escribir. Heriberto Yépez es uno de los escritores más cáusticos e independientes del país, y en *La increíble hazaña de ser mexicano* (2010) explora algunos de los rasgos asociados a la identidad nacional, poniendo el dedo en la llaga. Alberto Chimal aprovecha el formato del blog para reflexionar sobre la naturaleza de la minificción actual. A su vez, Rogelio Guedea continúa la escritura de minificciones de carácter introspectivo a partir de las experiencias más comunes de la vida cotidiana, como caminar por un parque o vivir en pareja.

Juan Villoro crea un sorprendente sistema de paradojas al reflexionar sobre las noticias diarias. Y Dina Grijalva elabora una serie de textos contruidos a partir de géneros extraliterarios como la adivinanza infantil y los cuentos de hadas para proponer una mirada fresca a lo más familiar, y para señalar la violencia provocada por el narcotráfico en el norte del país. Un grupo de escritores jóvenes propone una serie de reflexiones sobre algunos de los fenómenos de la cultura digital y su incidencia en las nuevas generaciones de lectores y escritores en un mundo globalizado (hashtag, spam, twistar, etc.). Por último, Agustín Cadena escribe un bien logrado homenaje a la literatura erótica, con un giro irónico.

Horizontes de lectura y escritura

Esta selección de textos pone el énfasis en la diversidad de los registros literarios que caracterizan la literatura mexicana contemporánea, y podría ser complementada por al menos otros 3 volúmenes que habrían de acompañar a éste (elaborados por otros antologadores), que contendrían, respectivamente: (a) poesía; (b) literatura infantil y juvenil, y (c) prosa de raíz periodística, historiográfica, testimonial, de interés social, de carácter urgente, sobre los grandes problemas nacionales y planetarios, tales como: violencia, migración, discriminación, corrupción, ignorancia, y elaborados desde perspectivas ligadas a la educación, la sustentabilidad, la salud pública, la diversidad, la economía, la gobernabilidad y la democracia.

Y también será deseable acompañar estas antologías por una historia de esta misma literatura, que es parte de una historia mucho más vasta. Véase, por ejemplo, el volumen 5 de la serie *La cultura y las artes en México en los siglos XIX y XX*, publicado por Conaculta a fines de 2013.

El criterio para la selección de los textos de este volumen atiende al empleo del lenguaje en la construcción de universos literarios específicos, distintivos y con un estilo propio. Pero esto no significa que aquí estén ausentes las experiencias y preocupaciones de carácter social, político, histórico o ideológico. Entre otros temas, aquí están presentes la Revolución Mexicana (Campobello, Guzmán, Fuentes), la Guerra Cristera (Rulfo, Yáñez), la manipulación ideológica en los medios de comunicación (José Agustín), el aislamiento y la violencia

en la provincia (Grijalva, Huchín), la identidad nacional (Yépez), los imaginarios colectivos (Monsiváis, Ayala), los confines del poder político y cultural (Zaid, Avilés Fabila), los laberintos de la burocracia (Sheridan), los mitos de la historia patria y la historia literaria (Cerde), la corrupción y la indiferencia (Zaid) y la discriminación de clase, raza y género (Castellanos). Pero todos estos textos están aquí por su valor literario. Todos estos problemas nos duelen, y en la escritura de estos textos se propone una representación de la realidad en términos literarios.

Al seleccionar estos textos he puesto atención en la calidad textual, la complejidad estructural, la riqueza léxica, la diversidad genológica y el impulso formal que les da sentido, además de la relevancia de sus temas y contenidos, y de las polémicas ideológicas que provocan las contingencias sociales. El lector encontrará en estos textos una gran diversidad de formas de prosa poética, irónica, paródica y lúdica. En muchos de estos textos hay una reflexión sobre la misma escritura, en particular sobre la naturaleza de la poesía (Paz), los alcances del cuento (Monsreal), las paradojas de la crítica literaria (Zaid), la contundencia de la minificción (Chimal), las posibilidades del ensayo (Hiriart), la complejidad de la novela (Pitol), el erotismo de las palabras (Lavín), la verdad de la ficción (Villoro), la energía de la prosa (Pacheco) y las condiciones de leer y escribir en los medios digitales (cronistas de *Tierra Adentro*). Esta capacidad de la escritura de reflexionar sobre sí misma ha dominado la literatura del último siglo. Se trata de una escritura de la alusión, la elipsis, la metáfora, los implícitos y la mayor condensación posible en construcciones textuales de arquitectura precisa. Podría pensarse esta antología como un modelo para armar en el que cada lector (o lectora) construye el universo imaginario que surge al proyectar su experiencia y sus deseos sobre las palabras, los implícitos y las imágenes de cada texto.

Muchos de los textos reunidos ponen en evidencia una reflexión sobre la experiencia humana, en terrenos vitales como el amor (Guzmán), la muerte (Campobello), el erotismo (Yáñez, Samperio, Grijalva), la educación (Rossi), la memoria (Fuentes), la vida en pareja (Guedea) y el placer de estar vivo (Reyes). Y lo hacen al dialogar con la tradición textual, explorando las posibilidades de la escritura de la fábula (Monterroso), la plegaria (Ibargüengoitia), el epigrama (Dufoo) y otros 25 géneros de la prosa breve.

Lo que está en juego en la escritura lúdica es la paradoja, que a su vez responde a un impulso *analógico*. Se trata de nombrar lo evidente para sorprender al lector con una perspectiva inesperada. El humor y la poesía son tal vez los rasgos más característicos de la innovación literaria en este periodo, y son precisamente estos rasgos los que producen el valor artístico de un texto literariamente complejo, es decir, un texto que permite reconocer en su interior subtextos filosóficos, políticos o propiamente literarios.

Si bien muchos de estos textos podrían haber sido escritos en Buenos Aires o Santiago, en Berlín o Nueva York, al mismo tiempo tienen un sabor mexicano por el empleo de particulares giros del lenguaje; por la alusión a determinados lugares, comidas y personajes, y por el empleo de cierta malicia literaria. La mayor parte de los materiales que presento en esta compilación son modernos y posmodernos, si entendemos por modernidad la experimentación lúdica, y si entendemos por posmodernidad literaria una auto-referencialidad irónica en la que se dialoga con la tradición textual. Intertextualidad y metaficción son los horizontes de la creación literaria contemporánea.

Ahora los lectores tienen la palabra.

